

La Piragua

Revista Latinoamericana de Educación y Política

N ° 5
2° Semestre 1992

**Tema : Balance Crítico y Nuevas Estrategias de la Educación
Popular**

CEAAL

**Consejo de Educación de Adultos de América Latina
Secretaría General CEAAL, Santiago, Chile**

Educación para la Participación y la Democratización¹

José Luis Coraggio*

El referente empírico de la educación popular –la realidad de la vida de las mayorías- está experimentando las violentas consecuencias del proceso planetario denominado de “globalización”. En este artículo, el autor analiza estos cambios y replantea el sentido de la educación popular en la época actual.

Introducción

Durante ya varias décadas, las prácticas del movimiento de educación popular (EP) han estado dirigidas primordialmente a los sectores más desfavorecidos de nuestras sociedades, no en espacios especiales como la escuela, sino en contacto inmediato y multivariado con la vida cotidiana de dichos sectores. En tal sentido, ha acompañado el proceso de desarrollo de las organizaciones y movimientos populares, la variable relación de las bases con sus dirigencias, y se ha movido dentro de los más diversos paradigmas de transformación social y política.

Actualmente, su referente empírico –la realidad de la vida de las mayorías- está experimentando las violentas consecuencias del proceso denominado de “globalización”. Se trata de una reestructuración del poder económico y político cuyo ámbito es el conjunto del planeta y que está desestructurando sistemas de clases, relaciones tan básicas como las de Estado-sociedad, formas como el Estado-nación, y que, al final de una larga cadena de efectos, está invalidando prácticas sociales y políticas antes consideradas probadas, así como instituciones y, por supuesto, paradigmas sociales.

A la vez que es universal, dicho proceso es de naturaleza desigual, pues no afecta de la misma manera, en la misma dirección ni con la misma intensidad a cada país, región, barrio, familia o individuo. Esta desigualdad, vista como especificidad, contribuye a bloquear los intentos de interpretación teórica e impulsa a ver cada situación existencial como caso único, priorizando una vez más la acción directa por sobre la teorización y el pensamiento

¹ En: *Revista Latinoamericana de Educación y Política: La Piragua*, N° 5, CEAAL, Santiago de Chile, 2º semestre 1992

* Director del Instituto FRONESIS, Ecuador, y Profesor-Investigador Asociado de FLACSO. Los puntos de vista expresados en este trabajo no comprometen el criterio institucional de FLACSO.

estratégico. En términos de método, puede entonces acentuar el vicio empirista, al que no ha sido ajena la práctica de algunas corrientes dentro de la EP (como puede testificar el descuido con que se ha afirmado el apotegma “partir de la realidad”, o el no menos descuidado método de generalización empírica denominado “intercambio de experiencias”).

Por ello debe valorarse la iniciativa de LA PIRAGUA al plantear nuevamente, contra lo que la experiencia inmediata parece sugerir como urgente, la cuestión del sentido de la educación popular. En la medida que esto capte el sentir actual del movimiento de EP y sus agentes, reflejará que se mantiene vivo y fértil, en un momento en que se estila el rápido entierro de todo movimiento u organización popular gestado al calor de las luchas de los años sesenta y setenta.

La globalización desigual y sus efectos en nuestras sociedades²

Antes de plantear algunas ideas sobre la práctica de la educación popular en relación a los procesos de participación de los fenómenos actuales, de las tendencias y posibilidades que esa realidad encierra, pues sólo así las propuestas adquieren su sentido intencional. Sin embargo, los párrafos que siguen deben tomarse como laxas hipótesis de trabajo, cuyo esclarecimiento debe ser previo o simultáneo con el del sentido de la EP en la época actual.

En síntesis, desde la perspectiva del Sur, estaríamos experimentando una violenta y traumatizante recomposición del poder político y económico a nivel mundial, caracterizable por una centralización multipolar en el Norte y un vaciamiento bastante generalizado en el Sur. La dirección de esa reestructuración en las sociedades latinoamericanas ha sido dejada a cargo del gobierno norteamericano y las agencias que controla.

Esto viene acompañado, si es que no guiado intelectualmente, por el resurgimiento del liberalismo económico y su proyecto histórico: hacer del mercado capitalista la institución que organiza el conjunto de las relaciones sociales. Como parte de ese proyecto, se estaría redefiniendo el carácter del Estado capitalista. Por un lado, tienden a reducirse sus funciones reguladoras de la economía, incluida su vigilancia por la equidad social. Por otro, tienden a crearse instancias supranacionales de dirección de las políticas públicas (básicamente las agencias multilaterales), a la vez que se pasan otras funciones del Estado nacional al reino de las ONGs. Clases sociales, organizaciones corporativas, partidos políticos, movimientos reivindicativos, tenderían a perder eficacia y sentido. La inevitabilidad de todo esto (y del correspondiente “ajuste” de nuestras sociedades) parecería haber logrado el consenso de las más variadas corrientes ideológicas.

Algunas consecuencias de este proceso en nuestras sociedades son ya bastante claras: tendencias a la exclusión de las mayorías y a la dualización social, pérdida de capacidad de autodeterminación a nivel de valores, crisis de identidades, crisis de las reglas de acción tradicionales, crisis recurrente de legitimidad de los gobiernos que administran el impacto de esta globalización

² Otros elementos sobre esto pueden encontrarse en: J.L. Coraggio, “Economía Popular y Vivienda (entre el sistema global y el barrio)”, *Ponencias del instituto Fronesis*, N° 3, 1992.

en la periferia, remozamiento del clientelismo, pérdida de expectativas positivas respecto a los proyectos de integración y desarrollo, pero también a los de revolución social.

La nueva correlación de poder es tan avasalladora que puede rediseñar a su gusto el Estado nacional y su relación con la sociedad. Y, paradójicamente, puede hacerlo en nombre de banderas que fueron forjadas por los intelectuales del campo popular: la devolución del poder a la sociedad, la descentralización del Estado, la autogestión, el autogobierno local, la participación, el control directo de la sociedad civil sobre sus condiciones de existencia, la creatividad popular, etc.

Una característica de las políticas gestadas bajo el signo de la globalización es su carácter uniforme. Aquí se aplica con toda fuerza el apotegma: “pensar globalmente, actuar localmente”, pues mientras en los organismos multilaterales se diseñan los lineamientos de política sin ningún tipo de consulta democrática a nivel nacional o local³, se confía crecientemente en las ONGs –caracterizadas por su cercanía (“sensibilidad”) a la población– para su implementación, pasando de hecho por sobre el Estado.

Del mismo modo, apuradas investigaciones “rigurosas” concluyen que las políticas sociales del Estado (vivienda, educación, servicios urbanos, etc.) terminaron beneficiando a los sectores medios o a los ricos, y pretenden fundamentar que en nombre de la equidad lo que debe hacerse no es corregir las políticas sino dismantelar el Estado; a la vez que se propone la focalización de los recursos remanentes en los más pobres.

Esta manipulación del método científico es una faceta más de la lucha cultural en la que estamos embarcados. La incapacidad de generar expectativas y comportamientos congruentes con un proceso real de desarrollo económico y social hace que las acciones del poder global tengan un alto componente simbólico, intentando ganar alguna legitimidad para un ejercicio del poder que va a provocar pobreza y desintegración social. En esto jugarán un papel creciente los medios de comunicación de masas y las agencias encargadas de producir esos mensajes.

Del Estado Benefactor se regresa, bajo nuevas formas, a las Sociedades de Beneficencia (¿ONGs?) para controlar las posibles explosiones de los más afectados por este proceso de globalización del poder. El hecho de que esto venga acompañado de un discurso “dialéctico” –no cambia su

³ Las consultas nacionales de educación realizadas recientemente (e. g. las de Bolivia, Ecuador, México y República Dominicana) serán ejercicios formales, a pesar de la amplia participación de la sociedad, si las políticas efectivas siguen diseñándose a distancia y sin tener en cuenta los resultados de dichas encuestas. Muchas referencias y búsquedas a nivel nacional citadas por documentos internacionales parecen apuntar más a ilustrar la bondad de sus políticas ya decididas, o la inconveniencia de las previamente concebidas, que a explorar efectivamente qué requiere el desarrollo de cada sociedad, o qué demandan sus ciudadanos. Ver, por ejemplo: The World Bank, Washington D.C., 1990. En el mismo sentido, el concepto de “necesidad educativa” se ha convertido en un caballito de batalla cuya ambigüedad se hace manifiesta cuando se trata de decir cómo se determina. Ver, por ejemplo: WCEFA, “Satisfacción de las Necesidades Básicas de Aprendizaje; Una visión para el decenio de 1990”, Documento de referencia, Conferencia Mundial sobre Educación para todos (5-9 de marzo 1990, Jomtien, Tailandia), UNESCO/OREAL, Santiago, 1990. Sobre esto, ver: Rosa María Torres, “Qué (y cómo) es necesario aprender? Necesidades básicas de aprendizaje y contenidos curriculares”. Trabajo preparado para el Seminario Regional “Estrategias de acción para la satisfacción de necesidades básicas de aprendizaje”, IDRC/UNESCO-OREAL, Santiago, 20-22 de abril de 1992.

alcance real, que se hace claro cuando advertimos el carácter masivo de la exclusión y la pauperización y la dimensión escasamente paliativa de los recursos comprometidos por un lado, y el carácter fragmentario, si es que no competitivo, de las intervenciones de la masa de ONGs.

Por lo demás, esta combinación de desplazamientos a partir del Estado nacional/descentralización hacia lo local y centralización, hacia las instituciones multilaterales y gobiernos del Norte que vigilan el proceso global, sólo puede producir una creciente desigualdad social, económica y política, manifestada como desigualdad interlocal de recursos, de oportunidades, de capacidades, de autodeterminación. En estas condiciones, ¿qué posibilidad hay de ganar fuerza a nivel global desde esas bases locales ?

Cuando las estrategias e sobrevivencia ven en la emigración una posibilidad de mejoría, cuando la segunda aglomeración de conciudadanos de muchos de nuestros países son Nueva York o Miami, esto no puede dejar de tener un fuerte impacto sobre las identidades, y sobre el alcance mismo del concepto de ciudadanía. En estas condiciones, ¿qué concepciones de democracia política y social, y de la política misma, son relevantes ?

Más allá de esto, los “poderes locales” que resultan de la descentralización del Estado a manos del poder global no son de por sí poderes populares, y bien pueden implicar otra regresión : la vuelta a los caciquismos y a las influencias de los notables del lugar. Así, el escape a la despersonalización y burocratización del poder puede desembocar en la dependencia directa de personas distinguidas. ¿Desde qué definición de democracia puede verse este proceso como una democratización ?

Cuando el poder se globaliza de esta manera, en la periferia pierde sentido aquella metáfora de “tomar el poder” que acompañó tantos años de lucha política. Si no se la reemplaza por la de “construir otro poder desde las bases”, la política misma parece convertirse en una vía más de obtención de recursos, lo que lleva a su mercantilización y corrupción.

¿Qué márgenes de acción permite la globalización ?

Ante este panorama sombrío de cambios vertiginosos -sostenidos por una relación de fuerzas cuya larga duración no puede ignorarse-, el campo popular, el heterogéneo mundo de los trabajadores, de aquellos cuyo recurso fundamental es su propio trabajo, pero que ven hoy a su trabajo devaluado, no reconocido por el mercado, se vierte hacia la búsqueda de alternativas para lograr una sobrevivencia biológica y cultural.

En estas circunstancias, la economía doméstica adquiere nueva relevancia, y desde ella el pragmatismo popular produce reacciones que, a pesar de su carácter masivo y generalizado, no son de por sí el germen de una sociedad alternativa, ni tampoco pueden ser interpretadas, desde una perspectiva funcionalista, como expresión de la lógica y las necesidades del capital.

Si abandonamos aquella concepción de la sociedad que la veía como un todo estructurado, integrado o integrable por el capital, y nos preguntamos adónde va esa masa de acciones y agentes populares en su lucha cotidiana por la sobrevivencia, debemos concluir que no tiene un sentido trascendente.

Sin embargo, sobre esa base socio-económico-cultural se podría construir una economía popular, orientada por la reproducción ampliada de la vida humana, capaz de formar sistemas estables, de institucionalizarse y de interactuar con otros sistemas económicos (como la economía empresarial capitalista y la economía pública)⁴.

El paso del proceso ciego al proceso estructurante es siempre un paso político, que incluye la constitución de sujetos capaces de asumir conscientemente, como proyecto, ese nuevo sentido. Por otro lado, del desarrollo de una economía popular relativamente autónoma surgirán nuevas formas estatales, no por reforma desde arriba sino por emergencia desde la sociedad, aunque pueden acelerarse desde las posiciones dentro del Estado capitalista -locales o sectoriales, y eventualmente nacionales- en que pueda apoyarse un proyecto popular.

¿Qué papel juegan en esto los “poderes locales”? Se ha venido planteando una nueva relevancia del ámbito local a partir de varias consideraciones: en primer lugar, como reacción al resultado -para muchos llamado “la derrota”- de las luchas sostenidas por actores que aspiraban a tener un alcance nacional, si es que no mundial (sindicatos, partidos políticos, fuerzas guerrilleras, etc.); en segundo lugar, por la reciente historia de defensa popular desde el nivel comunal, en las coyunturas de dictadura sufridas por nuestros países (notoriamente, en los casos de Brasil y Chile); en tercer lugar, como reacción a las estructuras centralizadas por poder estatal ubicado en el gobierno nacional; en cuarto lugar, como respuesta a la oposición entre la alienación y la realización humana, entre la masa y la persona, entre el desarrollo económico sin límites y el desarrollo humano.

Desde esta perspectiva, la idea de lo local -definido estrictamente como lo micro-región en que interactúan cotidiana y directamente quienes residen en ella, abarcando por extensión a estas mismas relaciones-, siempre estuvo presente con fuerza en las ideologías de la liberación. A su vez, la autogestión económica (la participación de los trabajadores en la gestión colectiva de la economía), considerada base del autogobierno, ha sido en general vista como una forma de organización particularmente apropiada para los procesos de producción y circulación de bienes y servicios a escala local.

Sin embargo, el desarrollo político y tecnológico capitalista planteó a esta propuesta el desafío de lograr que poderes locales dirigen las fuerzas productivas globales sin impedir su desarrollo. En qué medida esa contradicción tiene ahora posibilidades de superación -como consecuencia de las nuevas formas de producción, en las que se destaca la centralidad de la información y el conocimiento-, es una cuestión aún abierta.

Más allá de las ideas, el énfasis actual sobre lo local está afirmado por la fuerza real de otros factores: i) el acento puesto por la acción del poder global, que está descentralizando al Estado nacional y, para ello, recurre al municipio así como a los pequeños grupos de usuarios con un interés inmediato compartido, para sustituir a los movimientos nacionales, a las representaciones de clase; y ii) la perspectiva de una correlación internacional de fuerzas y un proyecto de dominación con los cuales sería difícil coexistir

⁴ Para un desarrollo de este punto, ver: José L. Coraggio, “De la Economía informal a la economía popular (un paso estratégico para el planteamiento de alternativas populares de desarrollo social)”, ponencia del instituto Fronesis N° 1, 1992.

desde un proyecto nacional de autodeterminación, por legítimo que este pudiera ser, como demostró el caso de la Revolución Sandinista en Nicaragua.

De este modo, el proceso de globalización actualiza doblemente esos espacios locales y, al hacerlo, reabre la cuestión de la vinculación entre economía y política, y de su relación con la vida cotidiana⁵.

El tema de lo local viene, asimismo, ligado al de la participación social y política. Para cierta perspectiva, los sistemas políticos de ámbito nacional supondrían la separación inevitable entre gobernantes y gobernados, dramáticamente reflejada en la oposición entre las ciudades capitales y el "interior" de nuestros países. Esas estructuras harían prácticamente imposible el control de los administradores públicos por parte de la ciudadanía. Un concepto de participación cercano al modelo de la asamblea -tan apreciado por las corrientes basistas y la izquierda en general- tiende a converger con el ámbito local como escenario político para desarrollar procesos de democratización. Esto reabre la cuestión de la posibilidad de un diálogo democrático, de una comunicación libre de dominio, y la cuestión del aprendizaje colectivo como constitutivo del proceso de formación de nuevos sujetos históricos.

En resumen: la globalización, tanto por las posibilidades que cierra como por las que abre, impulsa a pensar el cambio con tiempos y procedimientos distintos a los que predominaron en la escena política de las últimas décadas.

En esa búsqueda puede ser útil la guía de un modelo utópico de participación democrática, en ámbitos donde pueda darse un largo proceso de aprendizaje político y donde puedan desarrollarse las capacidades de gestión pública racional, con dirigentes populares no separados de sus bases, orientados por la metáfora de la construcción de un poder popular desde la base, antes que por la de la "toma del poder".

Esos dirigentes deberían desarrollar su habilidad para caracterizar problemas, identificar y evaluar soluciones alternativas, así como para generar y obtener recursos para implementarlas. Deberían contribuir a la resolución de problemas cotidianos acuciantes a la vez que dar un sentido estratégico a las acciones parciales. Como políticos, deberían ser grandes comunicadores, capaces de interrelacionar en un diálogo horizontal las múltiples particularidades de lo popular. Deberían formar parte de redes flexibles y multivariadas antes que de organizaciones rígidas y especializadas. Deberían, también, estar sometidos al control directo y continuo de las bases populares - las que deberían estar formadas e informadas para ello- a la vez que asumiendo colectivamente la responsabilidad de la representación en las inevitables conexiones con procesos de otro orden y escala.

¿Qué desafíos implica para la EP aportar a los procesos de democratización local ?

⁵ Sobre las dos tendencias de la descentralización en América Latina y otros asuntos vinculados, pueden verse varios ensayos incluidos en: José Luis Coraggio, *Ciudades sin rumbo (investigación urbana y proyecto popular)*, CIUDAD-SIAP, Quito, 1991.

Planteo ahora algunas ideas sobre posibles líneas de acción de la EP, algunas de las cuales pueden de hecho estar en marcha, pero que en todo caso requieren de un sentido que, a mi juicio, sólo puede darles el asumir un marco estratégico como el antes planteado u otro del mismo orden. Ese marco quedará definido fundamentalmente por la propuesta de desarrollo que guíe las políticas⁶.

En consecuencia, creo que la priorización de qué capacidades y comportamientos deben contribuir a desarrollar el movimiento de EP depende, entre otras cosas, de que se acepte o no la posibilidad de ese desarrollo económico popular relativamente autónomo, propuesta que, a un nivel suficiente de generalidad, debe trascender los ámbitos locales e incluso nacionales, y volverse una respuesta desde Latinoamérica al proceso de globalización.

Desde cierta perspectiva, sin embargo, un problema de la EP habría sido que pretendió ser “alternativa”, negando la posibilidad de generar propuestas y de incidir directamente sobre el Estado y sus políticas. Para otra perspectiva, la vigencia renovada de ciertos temas -los poderes locales, la participación, la descentralización, la economía popular- sería de por sí una confirmación de las hipótesis con las que trabajó la EP estas últimas décadas, y abriría la posibilidad de aprovechar la experiencia recogida en su práctica de base. De hecho, este podría ser el momento propicio para pensar más que nunca en alternativas, ante las tendencias de exclusión de las mayorías.

En todo caso, la (re)elaboración del sentido de la EP requiere que se complete una profunda autocrítica, por la tensión nunca bien resuelta entre sus propuestas teórico-ideológicas y sus prácticas reales, asumiendo el desafío de la refundación de sus bases teóricas, revisando consecuentemente los procedimientos, desde la perspectiva de su eficacia para un proyecto de desarrollo popular⁷.

Si asumimos como guía el modelo utópico de gestión social antes esbozado -no necesariamente “alternativo”, pues sería insuficiente por sí mismo para hacer frente a los problemas de nuestro tiempo-, cabe entonces preguntarse por el papel de la EP -como estilo educativo y de comunicación, y como movimiento- en la realización de tal proyecto.

De hecho, el movimiento de la EP ha devenido en un movimiento cultural, que incluye elementos con vocación y experiencia para participar activamente en la formación de esas nuevas capacidades democráticas, así como en la determinación del sentido de la acción popular. En tal sentido, no debería presentarse como una actividad sectorial (los educadores, los comunicadores que apoyan otros procesos sustantivos como la promoción del desarrollo, la microempresa, la gestión municipal, etc.) sino como una corriente que atraviesa las más variadas formas de acción social⁸.

⁶ Desde esta perspectiva, dada la relación educación-economía, al leer los documentos sobre educación del Banco Mundial u otras agencias, será relevante preguntarse qué modelo de desarrollo está inspirando sus propuestas.

⁷ Sin duda que esta autocrítica se puso en marcha, aunque a nuestro juicio quedó inconclusa como discurso colectivo. Ver, por ejemplo: Sergio Martinic y Horacio Walker (editores), *Profesionales en la acción*, CIDE, 1988; Luis Sime, *Los discursos de la educación popular*, TAREA, Lima, 1991 y Rosa María Torres, “Discurso y práctica en educación popular”, **Textos N° 9, CIUDAD**, Quito.

⁸ Sobre esto puede verse: Luis Razeto M., “Educación popular y desarrollo local”, ponencia presentada a las VI Jornadas iberoamericanas de Educación de Adultos, realizadas en El

Creo que debe verse a la práctica histórica de la EP como uno de los fundamentos de una corriente cultural que representa un estilo de comunicación, enseñanza-aprendizaje y reflexión, pero también de gestión, en campos, actividades y organizaciones muy diversas, desde la escuela misma hasta el partido político, desde la federación de barrios hasta la función de teatro, desde la cooperativa o la asamblea de vecinos hasta la gestión de los ediles y funcionarios municipales, desde la elección de representantes hasta la insurrección popular. El problema actual es qué hacer con toda esa red de agentes que han compartido esta corriente cultural.

Aquí se le plantea entonces una encrucijada decisional al movimiento de EP, que puede esquematizarse como tres caminos posibles. Ante las propuestas (y recursos) para la educación que vienen del Norte, puede :

i) sacar a la luz (denunciar) su sentido efectivo, llamando a la oposición y resistencia frente a esas políticas ;

ii) admitir que la correlación de fuerzas y el proceso de globalización son por ahora inamovibles, diagnosticar que no hay espacio para “alternativas” y, en nombre del realismo, jugar el papel de mediador, utilizando su conocimiento de las situaciones específicas para implementar localmente y con variaciones esas políticas a través de las ONGs que orientan este movimiento ;

iii) superar el concepto extremo de “alternativa” que orientó el movimiento en el pasado, planteando, desde su participación en los procesos de reproducción de los sectores populares (que implican hoy el contacto con recursos y agentes de la globalización), desde la investigación, desde la formación de opinión pública, desde sociedad y Estado, alternativas viables y eficaces más favorables a los intereses estratégicos populares⁹.

En todo caso, para que un proyecto de ese tipo (vía iii) no vuelva a ser la ilusión ilustrada de una vanguardia intelectual, debería ser criticado, revisado y asumido por las bases populares. Esto requiere un proceso pedagógico continuo, tan dialógico como sea posible, donde, por aproximaciones sucesivas :

a) se presente, revise y asuma un diagnóstico común sobre el proceso de globalización y sus consecuencias específicas ;

b) se caractericen las instituciones y políticas existentes del proyecto de globalización dominante, así como los elementos de que dispone más automáticamente el campo popular ;

c) se muestren las mediaciones que van desde el proceso de globalización a escala mundial hasta los niveles de la vida cotidiana de grupos concretos, pensando global y localmente para poder actuar local y globalmente ;

d) se planteen y discutan las posibles acciones a distintos niveles para hacer frente a esta situación desde el campo popular ;

Canelo de Nos, San Bernardo, 24-28 de julio de 1989, y José L. Coraggio, “Las posibles contribuciones de la educación popular al desarrollo local”, incluido en *Ciudades sin Rumbo (Investigación urbana y proyecto popular)* CIUDAD-SIAP, Quito, 1991.

⁹ Las dificultades de este camino están expresadas en el reciente artículo de Diego Palma; “Los Desafíos de la Educación en América Latina (la agenda vista desde la educación popular)”, *La Piragua*, N° 4, Santiago de Chile, marzo 1992; allí señala que “... no nos arriesgamos a dejar de ser estrictamente ‘alternativos’, ni nos ponemos seriamente a traspasar nuestras experiencias (‘piloto’) al aparato oficial enfrentando todas las dificultades que comporta esa empresa”, a la vez que se pregunta: “¿es posible influir en el aparato estatal sin perder la autonomía que nos da ser movimiento cultural de la sociedad civil?”.

e) se articule la imprescindible acción para encarar problemas inmediatos locales, con la acción estratégica de largo plazo.

Un primer eslabón sería promover escalonadamente, a nivel de cada localidad, región, nación y región supranacional, un diálogo sobre estas cuestiones entre los dirigentes populares -ideológicos, sociales o políticos-, miembros de ONGs y toda la enorme variedad de agentes que trabajan en el campo popular, promoviendo, educando, movilizándolo, prestando servicios, etc. Pues se trata de definir democráticamente el nuevo sentido de la práctica de EP y, a la vez, volverlo sentido común. Dada la magnitud de la tarea, el movimiento de EP debería revisar su relación con los medios masivos de comunicación y la importancia de la formación de una opinión pública.

En todo caso, una intervención orientada por la EP no sería una educación para la participación o para la democratización en general, sino para ciertas formas de participación dentro de cierta concepción de democracia, cuya realización dependerá de que se logre cierto desarrollo. Esto implica aceptar que esas posibilidades de participación en democracia no están dadas, que deben ser actualizadas o construidas, y que una de sus condiciones materiales fundamentales es el desarrollo de formas económicas de reproducción popular relativamente autónomas de la lógica del capital.

Aquí vemos la importancia de dar respuesta a las apremiantes necesidades de los sectores populares a la vez que, sin recaer en un economicismo, reconocemos la fuerte articulación entre economía y cultura. En una coyuntura que algunos han definido como de "guerra cultural", es fundamental reconocer que la economía contribuye decisivamente a la producción simbólica y a la elaboración de sentido.

El pragmatismo popular, agudizando en las circunstancias actuales, sugiere que el proceso de enseñanza-aprendizaje para la democracia sólo será legitimado si se complica con el tratamiento y resolución de problemas inmediatos particulares, pero esa inmediatez se va redefiniendo sobre la marcha. Por ello, contar con una estrategia de conjunto puede ser condición para una legitimidad sostenida.

Introducir la dimensión de lo local es ya apuntar a un nivel comunitario complejo, pero los temas que se adscriben a lo local -particularmente a nivel urbano- suelen estar limitados a los servicios, la vivienda, el hábitat, la gestión municipal. En cambio, el encuadre del desarrollo popular propuesto supone dar una posición privilegiada a la economía en general y a la economía popular en particular, partiendo de las actividades locales, pero siguiendo sus vinculaciones con redes de intercambio supralocal, mercantiles o no. Y esto va mucho más allá del curso de capacitación técnica para procesos productivos, de comercialización o de prestación de servicios aislados.

De lo contrario, se corre el peligro de plantear un proceso educativo segmentado que, por un lado, apunte a desarrollar habilidades técnicas para el trabajo inmediato y, por otro, se oriente a la política como práctica de gobierno local -a la vez que se le escapan las mediaciones y por tanto las reales bases (económicas) de toda posible autonomía local.

La vertiginosidad del proceso de globalización y sus consecuencias sugiere que la eficacia de la EP dependerá del conocimiento producido sobre la marcha, en los mismos procesos de gestión popular a nivel local, nacional y regional. Esto requiere que el movimiento de EP impulse con toda idealización de las prácticas populares, que utilice métodos que permitan ir más allá del

empirismo y de las generalizaciones de bajo nivel (como las que resultan de los “intercambios de experiencias”) y que esté ávido de nuevo conocimiento teórico.

Ante la propuesta de los organismos multilaterales de “focalizar los recursos en los sectores de pobreza extrema”, y si bien a los sectores más pobres, debe plantearse una política que permita al campo popular adquirir una solidaridad orgánica, que implica ver lo popular como campo social, culturalmente heterogéneo¹⁰.

De hecho, el mismo proceso de globalización desdibuja las estratificaciones y clasificaciones sociales y plantea un nuevo desafío: la extensión de las intervenciones a los sectores medios en proceso de pauperización o, más en general, al conjunto de los trabajadores y sus familias, independientemente de su nivel histórico de consumo, educación y participación política. Ver esto por anticipado requiere una mayor diversidad de estrategias y métodos, así como una gran vocación pluralista de parte del movimiento de EP.

Finalmente, la posibilidad de construir un poder popular democrático, con fuertes bases locales y, sin embargo, de alcance nacional y proyección latinoamericana, depende en una buena medida de los niveles de comunicación en el interior del campo popular. Un encuentro efectivo de las diversas formas de lo popular, un desarrollo de identidades por referencia al otro, la composición misma de un campo popular como tal, requieren del desarrollo cualitativo de los procesos de comunicación. Y, en esto, la EP puede también hacer aportes fundamentales.

¹⁰ Sobre esto puede verse el trabajo citado en nota 3.